



PETER COZZENS
AUTOR DE LA TIERRA LLORA

TECUMSEH Y EL PROFETA

LOS HERMANOS
SHAWNEES
QUE DESAFIARON
A ESTADOS UNIDOS



«Este libro no es un peán a un mártir inocente, ni un homenaje simplista a un “buen salvaje”. Cozzens es un narrador magistral y su libro teje una enorme cantidad de intrincados detalles en un absorbente relato histórico. Sus descripciones de batallas son, en particular, fascinantes y uno casi puede oler la pólvora, la sangre y el húmedo suelo del bosque».

Gerard DeGroot, *The Times*

«Como señala Peter Cozzens, los hermanos ofrecieron a los indios un programa total de crítica social – acerca de la pérdida de sus tierras, la degradación cultural, las luchas intestinas y el declive espiritual– y, al mismo tiempo, defendieron un plan de acción con miras de futuro. No bastaba la unidad para enfrentar a los americanos en el campo de batalla, sino que dicha unidad exigía una “limpieza moral y renacimiento espiritual”; la transformación personal y la resistencia a ultranza que, juntas, irían encaminadas a crear un nuevo y mejor mundo indio».

Philip Deloria, *The New Yorker*

«Cozzens hace un gran uso de su talento para la narración. Su convincente prosa y su honda investigación, tanto sobre fuentes primarias como sobre las historias sobre el periodo, se combinan para situar al lector al lado de los hermanos shawnees».

Kathleen DuVal, *The Wall Street Journal*

«*Tecumseh y el Profeta* traza un exhaustivo perfil del notable Tecumseh y su hermano. Su autor, Peter Cozzens, esculpe su texto de manera hábil y convincente. Al relatar la barbarie de las guerras de la frontera, Cozzens se muestra objetivo, pero empático. Tecumseh y Tenskwatawa son personajes fascinantes, imbuidos de grandeza y liderazgo y, sin embargo, destinados a la

tragedia. Una obra de sobresaliente».
Philip Zozaro, *San Francisco Book Review*





«Cozzens tiene un don para describir los pormenores del combate tanto con claridad como con instinto [...] Esta biografía dual se muestra justa e imparcial. Sin sentimentalismo, y sin esconder los defectos de sus héroes, presenta una mirada matizada a su intento para frenar la invasión de sus tierras».

Margaret Quamme, *Columbus Dispatch*

«La fortaleza del libro de Cozzens es su habilidad para revivir las excitantes aventuras de Tecumseh y su gente. Muchas narrativas bélicas se atascan en minucias, pero aquí el autor anima las batallas al compartir las historias humanas que hay detrás. Construyendo una historia que es a la par cautivadora y con amplia base documental, Cozzens ha pergeñado una obra muy satisfactoria, que nos lleva a simpatizar con sus protagonistas sin necesidad de que el autor desequilibre la balanza».

Chris Rutledge, *Washington Independent Review of Books*

«Cautivadora. La biografía de Cozzens se apoya en una investigación precisa, está escrita con una prosa fluida y destinada a convertirse en la mejor historia, hasta la fecha, sobre las vidas de los hermanos shawnees y su esfuerzo por reunir una resistencia panindia».

Booklist



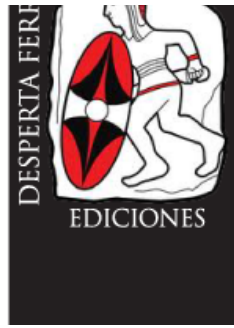
TECUMSEH Y EL PROFETA

PETER COZZENS
AUTOR DE LA TIERRA LLORA

TECUMSEH Y EL PROFETA

**LOS HERMANOS
SHAWNEES
QUE DESAFIARON
A ESTADOS UNIDOS**





Tecumseh y el Profeta. Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos
Cozzens, Peter
Tecumseh y el Profeta / Cozzens, Peter.
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2021. – 552 p., 16 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia de América) –
1.^a ed.
D.L.: M-25371-2021
ISBN: 978-84-123239-2-4
94(73+71+420)
325.3 341.222

TECUMSEH Y EL PROFETA

Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos
Peter Cozzens

Título original:

Tecumseh and the Propeht. The Shawnee Brothers who defied a nation

First published by Alfred A. Knopf

This translation publishing by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The Knopf

Double Day Group, a division of Penguin Random House, LLC. All rights reserved

Esta traducción se publica según acuerdo con Alfred A. Knopf, sello de The Knopf Double Day Group, división de Penguin Random House, LLC. Todos los derechos reservados

© 2020 by Peter Cozzens

ISBN: 978-1-524-73325-4

© de esta edición:

Tecumseh y el Profeta. Los hermanos shawnees que desafiaron a Estados Unidos

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-123239-2-4

D.L.: M-25371-2021

Traducción: Javier Romero Muñoz

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Primera edición: noviembre 2021

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a

CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2021 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Producción del ePub: booqlab

Para Eric



ÍNDICE

Agradecimientos

Prefacio

Prólogo. El amanecer de los Cuchillos Largos

PRIMERA PARTE

- 1 El Gran Despertar
- 2 Un pueblo inquieto
- 3 Una juventud turbulenta
- 4 Una nación dividida
- 5 Guerras y andanzas
- 6 Saliendo a la luz
- 7 La forja de un jefe
- 8 Una cultura en crisis

SEGUNDA PARTE

- 9 La forja de un Profeta
- 10 Un Sol Negro
- 11 Interludio en Greenville
- 12 Doble juego
- 13 Un tratado de más
- 14 Ninguna dificultad le detiene
- 15 Odisea sureña
- 16 El Profeta tropieza
- 17 Desde las cenizas de Villa del Profeta

TERCERA PARTE

- 18** En el torbellino
- 19** Espíritus hermanos
- 20** Un hombre misericordioso
- 21** Un sacrificio adecuado a la opinión india
- 22** Muerte en el Támesis
- 23** El ocaso del Profeta

Apéndice. El mundo indio de los hermanos shawnees

Bibliografía

Créditos de las imágenes



AGRADECIMIENTOS

Desearía expresar mi profunda gratitud a mis amigos y compañeros historiadores S. C. Gwyne, Bob Drury, y Colin G. Calloway por su cuidadosa lectura del original y por sus valiosas sugerencias para mejorarlo. Estoy en deuda con todos, pero en particular con el profesor Calloway, no solo por sus comentarios y críticas, sino también por sus muchos y excelentes libros sobre los indios de los bosques orientales y sus choques con la incipiente república estadounidense, que han sido el fundamento de muchas de mis investigaciones.

También deseo dar las gracias a John McLeod, especialista en recopilaciones de Parks Canada, por su amable ayuda durante mi visita al recinto histórico de Fort Malden de Amherstburg, Canadá.

También deseo darle las gracias a mi querido amigo, el artista Keith Rocco, de Tradition Studios, por permitirme reproducir su maravilloso retrato de Tecumseh, de cuyo original soy el orgulloso propietario, el cual me miraba desde lo alto —espero que con aprobación— mientras trabajaba en el manuscrito. Estoy profundamente agradecido al artista Doug Hall (Doug Hall's Log Cabin Art Gallery and Studio) por permitirme reproducir tres evocativas pinturas de shawnees. Una vez más, estoy sumamente agradecido a mi agente literaria, Deborah Grosvenor, por su constante apoyo a mi trabajo, por sus ideas y críticas, y por su amistad. He tenido la gran fortuna de poder volver a trabajar con Andrew J. Miller, mi editor en Knopf. Como ya ocurrió con *La tierra llora*, ha hecho que este libro sea mucho mejor de lo que de otro modo habría sido. Estoy agradecido a la correctora Janet Biehl por su diligente trabajo para mejorar el manuscrito. También debo expresar mi sincero agradecimiento a la asistente editorial Maris Dyer, a la editora de producción Kathleen Fridella, y a la diseñadora Maggie Hinders.

Mi mayor deuda es, y siempre será, con mi esposa Antonia. Ella me proporcionó el apoyo emocional y el aliento que necesité para continuar los tres años que pasé trabajando en este libro. Por último, no es posible exagerar la importancia de la contribución de mi compañero canino, Jake, un labrador dorado como no hay otro. Día tras día permanecía tumbado a mi lado, sin dudar de mí un instante, y sin pedir otra cosa que algún paseo ocasional.



PREFACIO

William Henry Harrison, gobernador del Territorio de Indiana, estaba atónito. En la década que llevaba en la frontera aplicando la agresiva política gubernamental de adquisición de tierras, había tratado con decenas de jefes indios, algunos desafiantes, otros maleables. Pero nunca había encontrado a un líder nativo como el jefe shawnee Tecumseh, al que consideraba su principal adversario en la lucha por el Territorio del Noroeste, nombre que recibían en la época los estados actuales de Ohio, Illinois, Indiana, Míchigan y Wisconsin. En julio de 1811, tras un consejo particularmente disputado con Tecumseh, Harrison escribió un sentido homenaje al jefe indio. Se trata tal vez del elogio más entusiasta jamás hecho por un representante del gobierno a un jefe indio americano. Tecumseh había parado cada una de las estocadas verbales de Harrison, defendiendo con elocuencia su negativa a ceder un territorio que, en palabras de Harrison, era «uno de los más gratos rincones del globo [pero] guarida de un puñado de salvajes miserables».

Tecumseh no tenía nada de miserable. Según reportó Harrison al secretario de guerra, «la obediencia y el respeto que le profesan sus seguidores es en todo punto asombrosa, circunstancia que, más que ninguna otra, revela que se trata de uno de esos genios poco comunes que de vez en cuando surgen para obrar revoluciones y revertir el orden de las cosas. De no ser por la cercanía de los Estados Unidos, podría llegar a ser el fundador de un imperio cuya gloria rivalizase con los de México o el Perú». A Harrison le maravillaba el vigor con el que el jefe shawnee luchaba por su sueño de una unión india. «Ninguna dificultad le detiene. Su actividad e industria suple su falta de letras. Ha estado en constante movimiento durante cuatro años. Hoy le ves en el Wabash y al poco tiempo recibes la noticia de que está en las orillas del lago Erie o del lago

Míchigan, o en las orillas del Misisipi y donde quiera que vaya obtiene un recibimiento favorable a sus propósitos».

El testimonio de Harrison resume el talento de Tecumseh, coarquitecto, junto a su hermano menor Tenskwatawa, de la mayor confederación panindia a la que jamás se enfrentaría la república estadounidense durante su expansión hacia el oeste. Su movimiento abarcó casi la mitad de lo que entonces eran los Estados Unidos, desde los gélidos confines del alto Misisipi a las tierras calientes de la desembocadura del Alabama. Ningún otro líder indio gozó de apoyos tan amplios y ninguno plantearía una amenaza tan severa a la expansión estadounidense como la creada por Tecumseh y Tenskwatawa. En el punto culminante de su movimiento, los hermanos shawnees congregaron dos veces más guerreros que los reunidos tres generaciones más tarde por los jefes Toro Sentado y Caballo Loco en Little Bighorn.

Las fábulas florecen allí donde los hechos son escasos u olvidados. Los mitos perduran allí donde las personas quieren creerlos. Esto es lo que sucedió con los hermanos shawnees. Para los estadounidenses, Tecumseh pasaría a ser la personificación de todo cuanto había de grande y noble en el carácter indio, según el concepto de grandeza y nobleza de los no indios (o los blancos, en el habla de la época). El motivo es obvio. Tecumseh defendía una alianza político-militar para enfrentarse a la invasión estadounidense de las tierras indias. Este era un concepto que los blancos podían comprender. Tecumseh, quien era, básica y fundamentalmente, un líder político, actuó como ellos [los blancos] habrían actuado en circunstancias similares. Pero Tenskwatawa presentó contra la desposesión y disolución cultural de los indios una solución de inspiración divina basada en una tradición nativa que a los blancos les resultaba incomprensible. Además, Tenskwatawa les parecía repulsivo: un ex alcohólico desfigurado que, cuando era un muchacho, se había sacado un ojo con una flecha. Era, en palabras de un agente indio que conocía bien a los hermanos shawnees: «Un hombre desprovisto de talento o mérito, un demagogo indio, taimado y pendenciero». Este mismo funcionario admiraba a Tecumseh, al que consideraba el modelo de virilidad shawnee: un cazador experto, un jefe guerrero astuto, caritativo y un orador de una excepcional

elocuencia. Así, la historia, las biografías y el folclore divinizaron a Tecumseh y demonizaron a su hermano.

El epítome de esta idea es el libro de 1961 *The Patriot Chiefs: A Chronicle of Indian Leadership* del historiador Alvin M. Josephy. Este trabajo, que se anticipó una década a la imprescindible obra de Dee Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee* [ed. en esp.: *Enterrad mi corazón en Wounded Knee*], debe su considerable influencia a la reputación de Josephy de ser «el principal autor no-indio sobre los nativos americanos», idea cimentada por su cargo de asesor federal de política india de los presidentes Kennedy y Nixon.¹ Josephy ensalza a Tecumseh, al que considera «el mayor de todos los líderes indios estadounidenses, un ser humano majestuoso que podría haber proporcionado una nación propia a todos los indios», al tiempo que desprecia a Tenskwatawa, al que califica de charlatán delirante, y repite la invención de que Tecumseh trató de asesinarle tras la batalla de Tippecanoe. También presenta la acusación, igualmente falaz, de que Tecumseh expulsó a su hermano de su aldea, el cual erró en solitario y cayó en el olvido pasado un tiempo.²

El infortunado proceso de ensalzamiento de Tecumseh a expensas de Tenskwatawa continuó en 1992 con la publicación de *A Sorrow in Our Heart: The Life of Tecumseh*, de Allan Eckert, extensísima obra que ha sido calificada como una «entretenida mezcla de hechos y ficción».³ Este autor incorporó una técnica poco convencional de «diálogo oculto»⁴ para recrear las conversaciones y los pensamientos del jefe indio. Según una reseña, *A Sorrow in Our Heart* es «una biografía que funciona mejor como ficción [y que] mejora los hechos históricos hasta el punto de resultar sospechosa». La obra de Eckert relega a Tenskwatawa al papel de «estafador plañidero que obtuvo fama sobre todo gracias a la generosidad de su hermano».⁵

Con su obra *Tecumseh: A Life*, publicada en 1997, el biógrafo británico John Sugden hizo grandes avances en la resurrección del Tecumseh histórico. Fruto de un prodigioso trabajo de investigación, la obra de Sugden ofrece una convincente reconstrucción de los primeros años del jefe indio, un periodo poco tratado por los biógrafos anteriores. La relativa escasez de fuentes sobre la vida de Tecumseh antes de 1805 obligó a Sugden a deducir algunas de sus actividades, como por ejemplo el tiempo que supone que pasó con la banda

chickamauga de los indios cheroquis de Tennessee. Aun así, considero que la cronología de Sugden es lo bastante convincente como para incorporarla a mi obra. Mi deuda con este pionero estudio es inmensa, y la reconozco aquí de muy buen grado.

Si bien Sugden resucitó al Tecumseh de sus primeros años, no reconoció a Tenskwatawa el papel que desempeñó en la creación y mantenimiento de la confederación india de los hermanos shawnees. También dejó de lado el fervor religioso nativista que contribuyó al ascenso de Tenskwatawa, que este transformó en una doctrina coherente y atractiva. Sugden tampoco hace referencia a las sólidas pruebas de que Tecumseh creía sinceramente que su hermano era un profeta de inspiración divina capaz de entrar en comunión con el Señor de la Vida o Gran Espíritu, y que también abrazó su credo. En *Tecumseh y el Profeta* exploraré estos dos aspectos críticos de la relación entre los dos hermanos. La única biografía de Tenskwatawa, el volumen de R. David Edmunds *The Shawnee Prophet*, de 1983, describe algunas de las bases religiosas de la alianza de los hermanos shawnees. Como espero poder demostrar, Edmunds se equivoca al postular que la influencia de Tenskwatawa desaparece tras la batalla de Tippecanoe de 1811.



He tratado de corregir estos y otros fallos de la visión histórica de los hermanos shawnees. Dicho en pocas palabras: sin Tenskwatawa, no podría haber existido un Tecumseh. El programa del primero, que buscaba la purificación moral y el renacimiento espiritual de un pueblo indio unido, dio lugar a la alianza que Tecumseh forjaría para aspirar a objetivos políticos y militares. La relación entre hermanos que revela mi libro es de naturaleza simbiótica. Mientras vivió, Tecumseh llegó a dominar, pero nunca reemplazó por completo a Tenskwatawa en el liderazgo de la confederación panindia.

Aunque no crearon el concepto de panindianismo, los hermanos shawnees consiguieron logros prodigiosos. Antes de ellos, habían existido movimientos proféticos y alianzas intertribales contra franceses, británicos y estadounidenses. Los mismos hermanos shawnees reconocieron la deuda contraída con el jefe

guerrero ottawa Pontiac y el místico delaware Neolin, que se unieron en la década de 1760 para oponerse al acoso británico contra las tribus de los bosques orientales. Las confederaciones improvisadas de Pontiac y Neolin, y más tarde las de los jefes Chaqueta Azul (Blue Jacket) y Pequeña Tortuga (Little Turtle) desgastaron la ola blanca pero se trató de movimientos bastante localizados, mientras que los hermanos shawnees fueron personajes de verdad transformadores, capaces de reunir seguidores de más de una docena de tribus para enfrentarse a la amenaza, tanto espiritual como física, que la joven república estadounidense planteaba contra el modo de vida indio. Su búsqueda de una gran alianza india nos proporciona una visión del marco histórico general, de los turbulentos comienzos de los Estados Unidos. De cuando los colonos estadounidenses cruzaron en masa los Apalaches, matando o intimidando indios con un completo desprecio de tratados y leyes para explotar las tierras recién ganadas a los británicos en la Guerra de Independencia. La violencia ejercida contra los indios y la anarquía rampante del viejo Noroeste presagió los excesos del oeste estadounidense de medio siglo más tarde. Tal es el puente sangriento que conduce hasta esa era, cuya historia debe ser narrada si queremos comprender la herencia del pasado en el corazón de nuestra nación.

Tecumseh y Tenskwatawa entraron en escena justo en el momento en que la joven república estadounidense comenzaba a expandirse. Es indiscutible que Tecumseh y Tenskwatawa fueron los hijos más importantes de la historia de los indios americanos. En reconocimiento a estos, no cabe sino concluir que los hermanos shawnees figuran entre los hermanos más influyentes de los anales de los Estados Unidos.

Presentamos aquí, por vez primera, las vidas entrelazadas de Tecumseh y el profeta shawnee. Este libro es su historia, pero he tratado de abarcar también los hechos, personalidades, y fuerzas culturales y físicas en acción en su mundo. Comencemos, pues, no con el nacimiento del hermano mayor Tecumseh, sino con la trágica muerte de su padre Puckeshinwau en batalla contra los colonos estadounidenses. Tecumseh solo tenía seis años de edad y Tenskwatawa estaba en el útero materno. La pérdida de su padre es epítome del caos y de la

desintegración de miles de familias indias durante esta fase, trágica y olvidada, de la acometida hacia el oeste de los Estados Unidos de América.



NOTAS

1. «American Indian Historian Alvin Josephy Jr. Dies», *Washington Post*, 18 de octubre de 2005.
2. Josephy, A. M., 1993, 161-162, 173.
3. *Publisher's Weekly*, 3 de febrero de 1992.
4. Eckert, A. W., 1992, xvii.
5. *Kirkus Reviews*, 15 de diciembre de 1991.



PRÓLOGO

EL AMANECEER DE LOS CUCHILLOS LARGOS

Amanece el 10 de octubre de 1774. En un denso bosque, una columna de 700 guerreros shawnees y mingos avanza en una fila que se extiende kilómetro y medio. Pero, al contrario que otros años, esta vez los guerreros no acechan caza. Se disponen a atacar a los 1200 milicianos virginianos que acampan desprevenidos en Point Pleasant, un triángulo rocoso situado en la confluencia de los ríos Ohio y Gran Kanawha, a unos 240 kilómetros al sudoeste de la moderna ciudad de Wheeling, en Virginia occidental. Una alfombra de hojas rojas y ocre amortigua sus pisadas. Los guerreros vestían taparrabos, que son piezas de tela alrededor de las caderas, polainas de piel de ante y mocasines. Unos pocos llevaban blusas de caza de lino adquiridas a mercaderes blancos. La mayoría llevaba mosquetes de ánima lisa, *tomahawks*, cuchillos para arrancar cabelleras, además de arcos y flechas para cuando se agotase la munición. De sus narices pendían anillos de plata y enormes pendientes colgaban de los lóbulos estirados de sus orejas, que enmarcaban rostros pintados con feroces rojos y negros.

El líder de la partida guerrera, el caudillo shawnee Tallo de Maíz (Cornstalk), hubiera preferido estar en cualquier otro lugar. Aunque la provocación había sido inmensa, había hecho un llamamiento a la moderación. Los virginianos habían ignorado una proclama real que prohibía asentarse en tierras indias y habían cruzado en masa el río Kanawha, avanzando por el valle de ese río, que formaba parte del Territorio de Kentucky, el cual constituía el

principal territorio de caza de los shawnees. Tallo de Maíz le había dicho a un funcionario británico: «Con grandes esfuerzos y problemas, he conseguido imponerme a los necios para que se estén quietos y no causen daños hasta que veamos cuáles son las intenciones de la gente blanca que avanza hacia nosotros [...] y así continuaré haciéndolo, con la esperanza de que se resuelva este asunto». Pero el gobernador real de Virginia, el conde de Dunmore, codiciaba las tierras indias para su beneficio personal, por lo que no esperaba una solución pacífica. Los súbditos de la frontera, escribió a la corona, desprecian los tratados firmados con los indios, «a los que consideran apenas distintos que los brutos». La aristocracia de Virginia lo veía de igual modo. Durante el deshielo de 1774, los agrimensores enviados por George Washington, Patrick Henry y otras élites de la región de Tidewater* reclamaron grandes extensiones en el cauce del Ohio. Washington desdeñó el edicto real contra la ocupación de tierras, calificándolo de «medida temporal para tranquilizar a los indios» y le dijo a su agrimensor que no debía preocuparse.¹

Con los agrimensores llegaron también colonos dispuestos a jugarse el cuero cabelludo por una parcela de tierra. Tallo de Maíz logró controlar cierto tiempo a sus jóvenes guerreros. Se limitaban a enviar de vuelta a los intrusos blancos con una severa advertencia, pero rara vez les hacían daño. No obstante, en abril de 1774 una banda de forajidos de la frontera masacró a una partida pequeña e inofensiva de hombres y mujeres mingos que habían cruzado el Ohio para comprar ron en una tienda de grog. Unos mingos trataron de ir a investigar lo ocurrido, pero fueron abatidos a tiros en sus canoas. Los muertos incluían a la hermana y al hermano menor del jefe mingo, «Capitán John», Logan, un viejo amigo de los blancos, que, según un pionero que le conocía bien, era «el mejor espécimen de la humanidad, ya fuera su piel blanca o roja» que jamás había conocido.

La masacre conmocionó a las colonias y a la Corona. El joven aristócrata virginiano Thomas Jefferson censuró a los supuestos criminales. Pero la respuesta blanca se limitó a gesticulaciones y palabras severas. Al ver que la justicia colonial no hacía nada, Logan buscó venganza al estilo indio: mató un número exacto de hombres de frontera, hasta igualar el tanteo, y puso buen cuidado de exculpar a los shawnees de sus sangrientos actos. Logan colgó una

confesión sucinta en la puerta calcinada de una cabaña que habían destruido: «vosotros habéis matado a los míos [...] por lo que creo que yo también debo matar. El indio [*sic*] no está furioso... solo yo».² Pero los colonos no lo veían igual. La milicia de Virginia consideró que la neutralidad del jefe Tallo de Maíz ocultaba intenciones hostiles y destruyó una gran aldea shawnee en el Territorio de Ohio. También arrasaron seis aldeas de los mingos.

La suerte estaba echada. Las partidas de guerra de los shawnees y mingos se vengaron. Los hombres de la frontera respondieron. Los bosques quedaron sumidos en el horror y el caos. Ante el desastre de la frontera, lord Dunmore movilizó a la milicia para infligir a los indios un doble castigo. Viéndose incapaz de mantener la paz, el jefe Tallo de Maíz asumió el cargo de jefe de guerra supremo de los shawnees. Trató de forjar una amplia alianza india, pero las amenazas y maniobras de los británicos hicieron que las demás tribus se mantuvieran al margen. Así pues, a finales de septiembre Tallo de Maíz marchó con una fuerza de guerreros shawnees y mingos para defender sus tierras. El jefe indio consideraba que su única oportunidad radicaba en derrotar a los ejércitos de Dunmore antes de que pudieran unirse, por lo que se dirigió primero contra las tropas al mando del general Andrew Lewis, que avanzaba a duras penas a través de las espesuras de Virginia occidental en dirección a Point Pleasant. Aunque en inferioridad numérica, Tallo de Maíz contaba con lugartenientes capaces, entre los que se contaban una estrella ascendente, Puckeshinwau, quien había sido honrado con mandos civiles y militares, un hecho raro entre los shawnees.³

Los indios odiaban a los milicianos, pero respetaban su capacidad combativa. Llamaban a los virginianos «cuchillos largos» debido a sus cuchillos de carnicero y espadas cortas, que manejaban con la misma habilidad que los indios usaban el *tomahawk*. Al igual que los guerreros indios, los virginianos formaban un grupo colorista pero indisciplinado. Unos pocos oficiales vestían uniformes regulares, pero la mayoría vestía igual que sus hombres: las mismas blusas de caza, calzones de cuero y polainas caseras, sombreros de ala ancha o gorros de piel, además de los mismos mocasines. Cada miliciano portaba un fusil de pedernal o un mosquete inglés, una bolsa de balas y un cuerno de pólvora tallado al gusto de cada uno. Además de los cuchillos, también

llevaban un *tomahawk* al cinto. Expertos en guerra india y en incursiones por las tierras calientes de Kentucky, los virginianos estaban impacientes por entrar en liza.⁴

Sin embargo, aquella mañana dormían profundamente, ignorantes de los guerreros que venían contra ellos. La noche anterior, los indios habían cruzado el río Ohio en balsas improvisadas bajo un cielo color cobalto. Desembarcaron en la orilla virginiana, rocosa y cubierta de troncos, unos seis kilómetros al norte del campamento de los milicianos. Tallo de Maíz y sus lugartenientes revisaron los preparativos para la batalla, coreografiados con sumo cuidado. Sus guerreros durmieron unas pocas horas, apoyados contra árboles o contra postes entrecruzados, con las armas a mano. Los cazadores mataron doce venados, que fueron abiertos ritualmente bajo la mirada atenta de los curanderos (sanadores naturales y espirituales) que confirmaban la pureza espiritual de las tiras asadas antes de entregar una porción a cada guerrero. Tras la comida, los hombres ocultaron bajo las hojas sus mantas y sus blusas. Se desplegaron en unidades de veinte, y cada hombre cargó cuatro balas en sus mosquetes para infligir el máximo castigo a corta distancia. Los supervivientes serían rematados con los *tomahawk*. Tallo de Maíz seleccionó a los mejores tiradores, que descenderían hasta la orilla del río para rematar a los virginianos que estuvieran lo bastante desesperados como para arrojar a las aguas del ancho río Ohio una vez que los indios cerrasen su trampa.⁵

Pero su plan fue desbaratado. Al amanecer del 10 de octubre de 1774, dos virginianos madrugadores se adentraron en el bosque para cazar ciervos. Sin embargo, en lugar de ciervos, se toparon con los indios. Uno de los milicianos cayó acribillado a balazos, pero el otro pudo volver al campamento para dar la alarma. El timbal tocó generala. Los pioneros de la frontera se despojaron de sus mantas, aprestaron pedernales y pólvora, y esperaron órdenes.

El general Lewis, haciendo alarde de compostura, encendió su pipa. Echó unas pocas pipadas y ordenó a dos coroneles encabezar doubles columnas de ciento cincuenta hombres para descubrir la causa del alboroto. Ambos oficiales cayeron en la primera descarga india. Ocultos detrás de troncos de arce y de pino o en el espeso sotobosque de la orilla del río, los guerreros abatieron a docenas de milicianos, vociferando insultos como «hijos de perra» o «perros

blancos» mientras disparaban. Lewis lanzó refuerzos a la batalla y los combatientes entablaron combate cuerpo a cuerpo en el bosque sofocado por el humo. «Me escondiera donde me escondiera –recordó un virginiano–, me apuntaba a la cara la bocacha de un fusil, y un salvaje de rostro bárbaro y convulso venía corriendo hacia mí, *tomahawk* en alto. El choque más parecía un circo de gladiadores que una batalla».⁶

Al cabo de seis horas de combate cuerpo a cuerpo, los bandos retrocedieron y comenzaron a intercambiar tiros desde detrás de los árboles y los troncos caídos. Puckeshinwau y el resto de jefes guerreros recorrían la línea india, exhortando a sus guerreros a «cerrar distancias», «tirar bien», y «pelear y ser fuertes». Hacia el atardecer, el general Lewis ocupó una elevación que Tallo de Maíz había descuidado guarecer. Los indios, hostigados por las balas que les llegaban por el flanco izquierdo, y escasos de munición, desaparecieron en el bosque y volvieron a cruzar el Ohio. Los virginianos se contentaron con arrancar las cabelleras de los guerreros caídos y recoger recuerdos.⁷

Habían transcurrido doce sangrientas horas. Los indios mataron a setenta y cinco virginianos e hirieron a ciento cuarenta. Murieron tal vez unos cuarenta guerreros. Los indios, para tratar de ocultar sus pérdidas, arrojaron al río a algunos de sus muertos. Aun así, los virginianos recogieron treinta y dos cabelleras, que clavaron en un poste en Point Pleasant.⁸

En la batalla solo cayó un indio prominente, el jefe de guerra shawnee Puckeshinwau. Su hijo Cheeseekau, de trece años de edad y que todavía no era un guerrero, le había acompañado durante el combate. Cuando Puckeshinwau cayó herido de muerte, Cheeseekau le ayudó a cruzar el Ohio en una balsa de madera. Antes de morir, se cree que Puckeshinwau ordenó a su hijo que preservase el honor de su familia, que nunca se reconciliase con los cuchillos largos, y que «en el futuro comandase en la batalla a sus hermanos menores», contra estos. Cheeseekau juró obedecer. Los guerreros de Puckeshinwau enterraron a su jefe en lo más profundo del bosque.

Cheeseekau había aceptado una pesada carga. Tenía tres hermanos, y su madre, ahora viuda, estaba encinta de trillizos. De toda la familia, su favorito era un niño de seis años de edad, al cual dedicaría casi toda su atención. Este

niño, que sería el que mejor cumpliría la última voluntad de su padre, respondía al nombre de Tecumseh, «Estrella Fugaz».⁹

NOTAS

1. «Speech of the Shawanese to Alex. McKee, 1774», en Hazard, S., 1853, vol. 4, 497-498; «Sketch of Cornstalk», 3D18, Border Forays Papers, y «Report of Lord Dunmore», 15J7, George Rogers Clark Papers, DC, WHS; Butterfield, C. W., 1877, 25.
2. Downes, R. C., 1977, 159-174; «Logan, the Mingo Chief», 189; Jefferson, T., 1853, 252-253, 262-265; Arthur Campbell a William Preston, 12 de octubre de 1774, 3QQ118, Preston Papers, y Michael Cresap, hijo a Lyman C. Draper, 2SS5, Shepherd Papers, DC, WHS.
3. Downes, R. C., 1977, 176; Williams, G. E., 2017, 237-266; relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120, Tecumseh Papers, DC, WHS; *Western Sun*, 11 de enero de 1812.
4. Randall, E. O.: «Dunmore War», 171.
5. Winkler, J. F., 2014, 54; William Christian a William Preston, 15 de octubre de 1774, en Thwaite, R. G., 1905, 264.
6. Lewis, V. A., 1909, 52; William Fleming a William Bowyer, s. f., 2ZZ7, Virginia Papers, William Ingles a William Preston, 14 de octubre de 1774, 3QQ121, y William Preston a Patrick Henry, 31 de octubre de 1774, 3QQ128, Preston Papers, DC, WHS.
7. Draper, L. C., 1842, 382; William Christian a William Preston, 15 de octubre de 1774, en Thwaite, R. G., 1905, 264; *Pennsylvania Gazette*, 16 de noviembre de 1774.
8. Williams, G. E., 2017, 281.
9. Relato de Stephen D. Ruddell, enero de 1822, 2YY120-21, Tecumseh Papers, DC, WHS; Edmunds, R. D., 1984, 23; Schoolcraft, H. R., 1839, 138; Randall, E. O.: «Tecumseh, the Shawnee Chief», 429-430; Sugden, J., 1997, 19; Schutz, N. W.: «The Study of Shawnee Myth in an Ethnographic and Ethnohistorical Perspective», 436.

* N. del T.: La región del Tidewater, o llanura costera, es una región natural de Virginia oriental, en la costa atlántica. Fue en ella donde se establecieron las primeras colonias británicas a comienzos del siglo XVII.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1



EL GRAN DESPERTAR

El padre de Tecumseh nunca había vivido en la tierra por la que había luchado y muerto. De hecho, ningún shawnee había residido en la región de Kentucky durante las dos décadas que precedieron a la batalla de Point Pleasant. En verdad, también era un recién llegado a la aldea del valle del Ohio que consideraba su hogar. Puckeshinwau, joven líder de una banda de shawnees itinerantes había alcanzado la madurez en el corazón de la confederación de los indios creek, 960 kilómetros al sur, en lo que hoy sería Alabama central. Pero, hacia 1759, parecía que había llegado el momento de marcharse. Los colonos blancos llegados del este presionaban contra el territorio de los creek, y los seguidores de Puckeshinwau se sentían cautivados por la idea de unificar a los shawnees. Aun así, Puckeshinwau era reticente a marcharse. Su primera esposa, ya fallecida, había sido creek, y este había adoptado, en consecuencia, algunas de sus costumbres. Methoataske, su segunda esposa, pertenecía a una respetable familia shawnee con vínculos con las bandas del Ohio, y estaba deseosa de ir al norte.¹

Los shawnees meridionales viajaron hacia el valle del río Ohio, cosa que también hizo el puñado de shawnees que vivían en Pensilvania occidental. Todos creían que se dirigían a sus tierras ancestrales, seguramente una región de paz y unidad tribal fuera del alcance de los blancos. No obstante, su destino era la falla sísmica que dividía los intereses británicos y franceses, cuyo sino era convertirse en campo de batalla de imperios.

Los británicos habían animado a los shawnees a concentrarse en el valle del Ohio, «para volver al hogar, donde podrán volver a ser un pueblo, y no estar dispersos por el mundo». Los agentes británicos les decían que los franceses «os han engañado, y os han dispersado por los bosques, para así poder reteneros bajo su poder y manteneros pobres». Los otros algonquinos se burlaban de ellos: les llamaban «gente que no tiene donde encender un fuego». Con lo que los llamamientos británicos atizaron aún más el deseo de los shawnees de regresar al hogar ancestral.²

Pero, entonces, se vieron envueltos en la conflagración. En su intento de evitar choques con los blancos, los shawnees, de forma involuntaria, contribuyeron al estallido de la guerra. Persuadieron a sus aliados, los indios miamis, a que se establecieran cerca de ellos, lo cual atrajo a mercaderes de Pensilvania poco escrupulosos que vinieron a competir con los comerciantes franceses. Los miamis veían la propuesta con buenos ojos: el valle del Ohio también había sido suyo en el pasado. Pero Francia consideraba a los miamis y a los shawnees peligrosos aliados británicos que amenazaban la ruta comercial entre el Canadá francés y Luisiana. Los franceses y sus aliados indios descendieron al valle del Ohio desde los Grandes Lagos y construyeron un fuerte en el lugar de la moderna Pittsburgh. En noviembre de 1755 masacraron un gran destacamento británico, comandado por el general Edward Braddock, que había venido a expulsarles. Los guerreros shawnees, ahora del bando francés, el dominante, arrasaron las fronteras de Pensilvania y Virginia, donde masacraron a cientos de colonos y convirtieron la palabra *shawnee* en sinónimo de salvajismo desatado. Un oficial francés, horrorizado por su crueldad, lamentó que los shawnees se hubieran convertido «en instrumento de odio entre dos poderosos rivales, pero también en el instrumento [de su] propia destrucción».³

Situación que estuvo a punto de suceder. En 1763, cuando los británicos conquistaron Canadá y derrotaron a los franceses, las tribus algonquinas como los shawnees pagaron muy cara su alianza con los franceses. Los indios esperaban que los victoriosos británicos abandonasen sus fuertes de la frontera, y, al igual que los franceses que les habían precedido, se convirtieran en un padre benevolente que colmaba de presentes a sus hijos pieles rojas. Pero, por